

## Transgresión de fronteras en la República de Tatarstán; identidades múltiples, el «multiverso» frente al «universo»\*

Aurora Álvarez Veinguer



*«El primer paso en la liquidación de un pueblo dice Hübl es erradicar su memoria. Destruir sus libros, su cultura, su historia. Después tener a alguien que escriba nuevos libros, fabrique una nueva cultura, invente una nueva historia. Antes de que pase mucho tiempo la nación empezará a olvidar lo que es y lo que era. El mundo de alrededor olvidará incluso más rápidamente».*

Milan Kundera,  
*The Books of laughter and forgetting*<sup>1</sup>

Desde el inicio de la perestroika y la caída del muro de Berlín cierto positivismo desmesurado dentro del mundo de la academia anunciaba la llegada de nuevos e innovadores cambios en el llamado bloque soviético. Pero con el transcurso del tiempo, el entusiasmo ha comenzado a diluirse, y el movimiento pendular ha orientado los discursos hacia una tendencia catastrofista, siendo las mafias, la corrupción y los nacionalismos «barbáricos» los factores predominantes. El compulsivo interés por la *terra incógnita* ha sido focalizado en específicas y concretas áreas de interés, monopolio generalmente de los sistemas políticos o de la sociedad civil; existiendo una tendencia al análisis de los llamados actores grandes y mostrándose poco interés por los lugares de no-influencia que son no pocos y de gran complejidad.

El objetivo de este artículo es el análisis de los procesos identitarios en Tatarstán, llámense nacionales, cívicos, étnicos, culturales, etc. Campos identitarios que tan en boga y moda se encuentran en las denominadas ciencias sociales y, por ende, padecen, como la mayoría de las cosas que en moda se encuentran, cierto oscurantismo ortodoxo en la forma y manera de aproximación e investigación de las emergentes o ya emergidas identidades<sup>2</sup>. Tratando de huir de la lógica aristotélica o si se prefiere lógica ontológica (contraria a las brechas y fisuras, promotora de lo uno o lo otro, pero no de lo uno y lo otro, presuposiciones cartesianas y binarismo cultural) hablaremos desde y sobre, espacios y lugares concretos, en momentos y circunstancias concretas, que han conducido y producido identidades fragmentadas y altamente complejas. Moviéndonos-desplazándonos, utilizaremos ejemplos, y aplicaremos

teorías; combinando y promoviendo, de este modo, lo empírico y lo teórico, creando dialéctica comunión y (re)unión, más que oposición.

Se pretende exponer una de las posibles lecturas de los procesos que se están gestando en la República de Tatarstán, procesos de construcciones identitarias que se mueven por tierras pantanosas y movedizas, donde no existen, y no pueden existir modelos o puntos referenciales. Se intenta de este modo denunciar la frecuente uniformidad en la manera de aproximarse y embarcarse en el estudio de lo que fue la Unión Soviética, ya que existe una persistente tendencia a presentar una imagen compacta y homogénea, en ocasiones, fruto del romanticismo, y en otras, del desconocimiento de la situación y la diversidad simbólico-cultural que presenta y encierra cada región y cada república<sup>3</sup>. Denominación uniforme y unificada, que se ampara en las concepciones simplificadoras y monolíticas, de una multitud de pueblos y culturas. Se transita de la Unión Soviética a la sociedad «post-soviética», negando, de este modo, las posibilidades de autonomía y espacios propios; en términos de Hirschman (1970), negando la opción de «voz» a los distintos pueblos.

La aventura en la que nos adentramos con este artículo persigue por consiguiente el abandono del uso y abuso de las nociones estáticas en la percepción y aproximación a las distintas identidades, presentando el proceso y la fragmentación como elementos claves e indispensables para un posible análisis<sup>4</sup>.

Abogando por el abandono de la idea esencialista de la identidad, pasaremos a operar en términos de estrategia y posición. De este modo, se rechaza y critica la idea de identidad entendida como una e inmodificable, defendiendo así la noción de identidades fragmentadas y fracturadas, nunca singulares, que son el resultado de múltiples construcciones a lo largo de diferentes, y en ocasiones interseccionados y antagónicos discursos, prácticas y posiciones (Hall y Du Gay, 1996). Relaciones de discursos, prácticas institucionales, reacción aceptación por parte del sujeto, continuo proceso de (re)negociación y por consiguiente (re)definición: donde cada proceso identitario es único e incopiable, reacción y respuesta, interiorización y reproducción.

Las identidades son un punto de unión, lo que llama Hall punto de sutura, entre los discursos y

las prácticas que intentan colocarnos en una posición como sujetos sociales de discursos particulares, y entre los procesos que producen subjetividad y que nos construyen como sujetos que pueden ser hablados (Hall y Du Gay, 1996:6). Las identidades, en este sentido, son ataduras temporales a la posición subjetiva dentro de la corriente del discurso, siendo la suturación una articulación, más que un proceso unidireccional.

Precisamente porque las identidades se construyen dentro y no fuera de los discursos, necesitamos entenderlas como producidas en una específica situación histórica e institucional, dentro de específicas formaciones y prácticas discursivas, y asociadas a unas específicas enunciadas estrategias. Las identidades emergen dentro del juego de específicas modalidades de poder, producto de la demarcación, diferenciación y exclusión, más que en el signo de lo idéntico, noción de identidad en su significado tradicional, un todo incluido monótonamente, sin costuras, y sin diferenciación interna (Hall y Du Gay, 1996).

Se intenta enfatizar a lo largo de este viaje la imposibilidad de tratar los fenómenos colectivos como un *datum* empírico unitario (Melucci, 1996), siendo necesario renunciar a la aproximación a los discursos y a la percepción de los actores como realidades monolíticas. Este rechazo es necesario si se persigue una «adecuada» presentación de los múltiples procesos que constituyen el campo empírico del nacionalismo, la etnicidad y los intereses territoriales, entre otros.

En el caso de Tatarstán, se distingue una compleja tríada identitaria, integración-segregación-transgresión, siendo los dos primeros reacción-copia del régimen anterior. Son tres niveles distintos en los procesos de construcción, consolidación y modificación de las identidades, y todos los niveles-esferas son igualmente constituyentes: (i) Nivel del discurso político, integración, (ii) la praxis y aplicación, segregación, y (iii) nivel de lo cotidiano, transgresión.

Pertinente es, por consiguiente, el abandono de la noción de identidad para pasar a operar en términos de «identización» (Melucci, 1996: 77), proceso de construcción interactiva, donde todas las partes quedan igualmente implicadas.

## Algunas coordenadas histórico-circunstanciales y marco-referencial para una aproximación al proceso

Entre Europa y Asia se encuentra la Federación Rusa, dentro de la cual se asienta la llamada República de Tatarstán<sup>5</sup>. Se presenta como una puerta estratégica, bisagra mágica entre Oriente y Occidente, por encontrarse precisamente en ese punto de inflexión que une y/o divide Oriente y Occidente<sup>6</sup>, combinándose e incluso mimetizándose en lo cotidiano, pero permaneciendo rígido y divisible en las prácticas discursivas. A lo largo de su historia se produce un complejo desplazamiento, desde la rusificación a la soviétización y posteriormente a la tatarización, metamorfoseándose y simbiotizándose las tres etapas en la práctica diaria.

Es una república que según su propia Constitución<sup>7</sup>, se autodefine como multiétnica, con dos idiomas oficiales, el tártaro y el ruso. Un 43.3% de su población «es rusa» y el 48.5% «es tártara» (Moustafin y Khuzeev, 1994:18). Cerca del 75% de los tártaros viven fuera del territorio de la República (Bennigsen, 1990; Hanauer, 1996; Löwenhardt, 1997)<sup>8</sup>. Más que una sociedad multiétnica, como sus autoridades se empeñan en clasificar, la podríamos definir como una sociedad biétnica y bicultural, con predominio de dos grupos étnicos y confesionales: musulmanes y ortodoxos. Dentro de un mismo Kremlin-muralla, comparten espacio común una mezquita y una catedral. Distintos mundos simbólico culturales que interactúan entre sí, pero cuya convivencia no siempre ha resultado armoniosa. Rusos y tártaros son presentados como enemigos por antonomasia; numerosos indicadores históricos lo refuerzan. La relación rusos/tártaros puede definirse como tensa desde 1552 cuando Iván El Terrible conquistó y ocupó Kazán. Desde la conquista de Kazán, los tártaros han vivido numerosos intentos de rusificación y aniquilación de su cultura; medidas de represión que provocaron diversas rebeliones en 1556, 1669 y 1670, y una fuerte emigración hacia Asia Central (Hanauer, 1996).

Los tártaros son un pueblo turcómano que emigró del Sur de Siberia a la región del Volga

entre los siglos X y XIII, pero, antes de que los mongoles conquistaran estas tierras, sus habitantes eran conocidos como búlgaros. El nombre de tártaros fue introducido por los mongoles, y con el tiempo los rusos pasaron a incluir bajo la categoría de tártaros a todos los pueblos que habitaban en Eurasia, a distintos pueblos urálicos, turcómanos y mongoles<sup>9</sup>.

Se tiende a creer en la descendencia y continuidad entre los tártaros de Kazán, la Horda de Oro, y los búlgaros del Volga; considerándose a los búlgaros del Volga como pueblo originario, del cual proceden los tártaros<sup>10</sup>. Idea que se comenzó a difundir en el siglo XIX con el resurgimiento del nacionalismo (Schamiloglu, 1990).

Los tártaros del Volga son uno de los pocos pueblos musulmanes que ha sobrevivido a más de cuatro siglos de dominación rusa. Desde la conquista de Kazán, los rusos de forma persistente han intentado erradicar el Islam –por considerarlo un elemento hostil y ajeno para el lugar– intentándolo de forma diversa, principalmente por medio de la colonización y la conversión al cristianismo<sup>11</sup>. Los tártaros antes de la revolución de 1917 estuvieron muy activamente implicados en el movimiento nacionalista musulmán (Drobizheva, 1997). Pero la esperanza de un estado nacionalista turcómano en el Volga fue destruida cuando, en Marzo de 1919, se creó la República Soviética Autónoma de Bashkiria, seguida por la creación, en Mayo de 1920, de la República Soviética Autónoma Tártara. Los bordes de las repúblicas se delimitaron de forma absolutamente arbitraria, excluyendo a una gran proporción de la población tártara de su república nominal; pasando a ser Bashkiria, la república vecina, la que contara con el mayor número de población tártara<sup>12</sup>.

De forma paulatina la URSS comenzaba a parecerse a una *matrioshka*<sup>13</sup>; había una federación, dentro de la cual había distintas repúblicas; dentro de la república estaba el *krai* donde había una *oblast* autonómica, y en una *oblast* un *okrug*<sup>14</sup> autonómico (Bennigsen, 1990). Maximización absoluta de la clasificación, donde cada unidad administrativa disponía de un fuerte mecanismo de burocratización.

El comunismo nacional musulmán pronto se convirtió en una desviación de la línea general del partido, y entre 1923 y 1928 se consolidó como un movimiento de oposición. 1921-1923

fueron los únicos años que la actual república de Tatarstán experimentó cierto nivel de autonomía (Khabutdinobiu, 1999). Entre 1924 y 1939 la batalla política dentro del Partido Comunista de los tártaros del Volga se debatía entre la derecha, partisanos tártaros, y la izquierda, comunistas pro-rusos. El trágico final fue la aniquilación de casi la totalidad de la elite política e intelectual tártara (Bennigsen, 1990). En 1929, Moscú llevó a cabo la purga del Partido Comunista Tártaro para erradicar los sectores pro-islamistas y miembros nacionalistas, cambiando el alfabeto tártaro del árabe al latín, alejándolo, de este modo, de su herencia islámica <sup>15</sup>.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Tatarstán vivió un intensivo proceso de industrialización <sup>16</sup> y urbanización, con una fuerte inmigración rusa; produciéndose, consecuentemente, una polarización-división de la sociedad, donde los tártaros representaban a la población rural y al campesinado, y los rusos a la población urbana e industrial, a los trabajadores y al sector técnico <sup>17</sup>. El incremento de población rusa se puede considerar un indicador del intento por parte del régimen soviético de aumentar la división de la población, por medio de mecanismos de fragmentación que trataban de convertir a la población rusa en dominante (Bennigsen, 1990).

El 30 de Agosto de 1990 Tatarstán declaró su estado de soberanía. En los años que siguieron, concretamente los siguientes tres años, Tatarstán y Chechenia fueron los «puntos calientes» dentro del territorio de la Federación Rusa, ya que las demandas nacionalistas de ambas repúblicas movilizaron a un gran sector de la población.

Tan sólo el 15 de febrero de 1994, tras tres años de negociaciones, Kazán y Moscú firmaron un acuerdo bilateral garantizando el desarrollo de la autonomía de Tatarstán dentro de la Federación Rusa, y pasando a ser discutidos temas como los asuntos financieros, los créditos y la exportación, el comercio exterior, el presupuesto de la república, los aspectos legales, y la organización militar (Hanauer, 1996). Esta coyuntura brindó a Tatarstán la oportunidad de desmarcarse del gobierno central, o de establecer un diálogo cara a cara en el que se ofrecían diversos privilegios a Tatarstán en relación con otras repúblicas y regiones. Fue un largo pulso, optándose finalmente por la

solución más diplomática, que ha pasado a denominarse como «modelo de Tatarstán» <sup>18</sup>, donde el presidente de la república eligió el diálogo con Moscú, más que el enfrentamiento. Cierta sector calificó los logros de insuficientes, especialmente los nacionalistas tártaros <sup>19</sup>, mientras que el sector pro-ruso los calificó de excesivos.

## Mecanismos de fronterización; de la rusificación a la tatarización, transitando por la sovietización



Clasificar significa separar, segregar. Significa primero postular que el mundo consiste en discretas y distintas entidades; después, postular que cada entidad tiene un grupo de entidades similares o adyacentes a las que pertenece, que conjuntamente es contrario a otras entidades (...) clasificar es dar al mundo una estructura». (Bauman, 1991:1).

En la URSS, desde comienzos de los años 20, los etnógrafos trabajaron conjuntamente con los estadistas y los funcionarios para clasificar-definir los distintos grupos nacionales, racionalizando, de esta manera, la estructura administrativa del estado y sistematizando el uso de las categorías étnicas (Hirsch, 1997).

Se llevó a cabo una codificación objetivada de la heterogeneidad étnica y nacional (Brubaker, 1996:26). Complementando un sistema de federalismo etnoterritorial, se elaboró un distintivo sistema de nacionalidad personal <sup>20</sup>. Mientras que el primero dividía el territorio en un conjunto de jurisdicciones nacionales, el segundo dividía a la población en un exhaustivo y mutuamente excluyente conjunto de grupos nacionales, siendo más de cien en su totalidad (Brubaker, 1996). La nacionalidad étnica, *national'nost'* <sup>21</sup> no fue solamente una categoría estadística para censos, fue una categoría legal obligatoria, elemento clave para el status legal del individuo; y como tal, fue registrada en el pasaporte interno <sup>22</sup>, o cualquier otro documento personal. Se transmitía por descendencia <sup>23</sup>, sin tener ninguna relación con el componente

territorial, y se registraba en todas las transacciones oficiales; «se ha dicho que los *doku-mentii* son la placenta de los rusos» (Nabokov, 1986: 274).

El sistema soviético disponía de dos nociones independientes (e incompatibles) de nación, una territorial y política, y otra personal y etnocultural. En las regiones donde existía un alto número de comunidades etnoculturales mezcladas, pero donde los bordes políticos no podían hacerse coincidir con las fronteras etnoculturales, los modelos de nación territorial-político y etnocultural no eran fácilmente conciliables. Precisamente un aspecto crucial en las movilizaciones étnicas es la dimensión territorial asociada con las relaciones entre los estados cuyas fronteras han sido creadas sin tener en cuenta la cultura o los pueblos (Melucci, 1996: 156).

Estas nociones de nacionalidad fueron totalmente institucionalizadas, lo cual consolidó un régimen de doble afiliación (Giordano, 1997): nacionalidad y ciudadanía, que promovió grandes tensiones, prejuicios y rivalidades entre los distintos grupos, convirtiéndose en una evidente fuente de favoritismos que se hizo notar en la vida diaria. Este modelo de la doble afiliación, contribuyó a la constitución de la etnocracia soviética, ayudando a cementar la jerarquía social, basada en el factor étnico y donde los rusos jugaban el papel protagonista. Dentro de este sistema de clasificación-ordenación, los rusos fueron indiscutiblemente la nacionalidad dominante, controlando los puestos claves del partido y las instituciones gubernamentales; el ruso fue promovido por el estado como *lingua franca*. Era siempre necesario rellenar en el pasaporte la opción de *natsional'nost*, ruso, judío, armenio, tártaro o uzbeko, pero siempre amparados bajo la categoría de ciudadanos *grazhdane* de la Unión Soviética.

La consolidación nacional de la URSS, fomentada por las políticas de *korenizatsiya* (nativización), fue, al menos en teoría, un intento de integración internacional de la población en una «Unión de Pueblos». Pero en la práctica, las políticas de *korenizatsiya* junto con la federalización, produjeron un pronunciado sentimiento de exclusividad entre la población local, en cuanto a su posición social y sus demandas nacionales (Kaiser, 1994), aunque en principio las políticas nacionales fueron estructuradas para reparar el sistema

estratificado heredado del pasado. El supuesto intento de unificación produjo el efecto contrario, fomentando y promoviendo la exclusión y discriminación dentro del territorio de la Unión Soviética. Lográndose en la práctica una clara fronterización-demarcación entre los que eran rusos y los *otros*, los no-rusos, generando al mismo tiempo una fuerte jerarquización entre la población no-rusa. El ser bieloruso, o ucraniano, hermanos eslavos, estaba socialmente mejor visto, que el ser tártaro o judío.

La historia de la Unión Soviética está acompañada de largas tradiciones de prácticas etnonacionalistas, como es el caso del antisemitismo institucional, donde constantes discriminaciones étnicas se vieron reflejadas en lo cotidiano. La nacionalidad rusa era sinónimo de acceso libre, no sólo a ciertos puestos administrativos y de decisión, sino también a una vivienda, a la universidad o al permiso para conectar la línea telefónica. La posición social, los privilegios lingüísticos y las facilidades culturales de que disponían los rusos se tradujeron en una concreta mentalidad por la cual un sector de la población rusa tendía a pensar en toda la Unión Soviética como en su territorio<sup>24</sup>; fusionando el imperialismo ruso con la xenofobia caucásica, o el antisemitismo; reforzándose y consolidándose en todo momento la idea del otro.

La identidad rusa, respaldada en la construcción de la Unión Soviética y autonombra da identidad dominante, se fue constituyendo por medio de una externalización del otro, vía trazos de fronteras políticas. En este caso concreto, el otro encerraba una gran amalgama de posibilidades; el otro judío, el otro armenio, azerbaiyano o tártaro; el otro musulmán, bárbaro y primitivo; discurso del otro o lo que es lo mismo, «violencia epistémica» (Morley y Kuan-Hsing Chen, 1996: 445).

El componente nacional se convirtió para muchos en un estigma social, que provocaba que la población se sintiera avergonzada y acomplejada, e interiorizara los estereotipos y las discriminaciones<sup>25</sup>. La gente creció y se educó con una fuerte aceptación-interiorización del componente nacional, aprobándose la delimitación-fronterización entre los distintos grupos.

Poco se ha dicho de las fronteras desde el campo de las ciencias sociales, existiendo tan sólo intentos de presentar las fronteras físicas

como naturales o necesarias para la seguridad de ciertos estados o gobiernos, pero nunca han sido centro de debate o de excesiva devoción. Las fronteras han tendido a ser aceptadas como legítimas, menos cuando se ha considerado que estaban erróneamente situadas. Pero una frontera es, ante todo, una forma institucionalizada de limitar ciertas actividades de ciertas personas en un cierto momento.

«La puerta de mi casa es una frontera de actividades para aquellos a los que no invito a participar; los límites de una ciudad son fronteras de recogida de basura para los basureros municipales (...) El mundo está lleno de fronteras, muchas de las cuales están evidentemente atadas a concretas actividades y son permeables para algunos pero no otros que pretenden participar en estas actividades» (O'Neill, 1996: 294).

Las tensiones surgidas de la doble institucionalización de la nacionalidad, y la incongruencia entre territorios nacionales y naciones etnoculturales, fueron indudablemente acentuadas por la represión de los nacionalismos. No había espacio para la ambigüedad o la confusión identitaria, el complejo mecanismo de fronterización, excusándose en la integración<sup>26</sup>, consolidó la segregación<sup>27</sup> y discriminación. Segregación y discriminación que reforzaron los sentimientos nacionalistas y rusofóbicos entre la población no-rusa. El discurso político de la Unión Soviética, «integración de todos los pueblos», produjo en la práctica el efecto contrario. A pesar de la ideologización del régimen, la integración cultural no siguió el mismo curso que la integración institucional. La ideología como uno de los principales mecanismos que puede ser utilizada para garantizar la integración (Melucci, 1996:352), no logró cementar la cohesión cultural<sup>28</sup>. La ideología puede coordinar, y articular, los intereses de un colectivo, reformular las normas y valores de un grupo, solidificar la identidad colectiva y prevenir los conflictos internos que pueden dañar la unidad (Fine, 1995). Al mismo tiempo puede acordar o fijar las fronteras de pertenencia y el criterio para la identificación, y otorgar el castigo a aquellos que se desvían de esas normas. Sin embargo, en el caso de la URSS, la ideología ofreció las

herramientas suficientes para una integración burocrático institucional, pero fracasó con el sueño anhelado por Lenin de una «Unión de Pueblos» y la aniquilación de los conflictos nacionales.

## Archipiélago etnonacional, réplica y copia de lo soviético

«P residente de la República de Tatarstán puede ser elegido un ciudadano de la república no más joven de treinta y cinco años, residente en el territorio de la República de Tatarstán por no menos de diez años y conocedor de los idiomas oficiales de la República de Tatarstán». Artículo 108 de la Constitución de la República de Tatarstán<sup>29</sup>.

«Lo que es distintivo en las fronteras “normalizadas”<sup>30</sup> que el estado moderno ha levantado, es que están construidas por una organizativa coincidencia de distintos y muy específicos tipos de fronteras, todas las cuales son (super)impuestas y politizadas por el poder del estado» (O'Neill, 1996:294).

En Tatarstán viven *russkie*, *tatary* y una pequeña proporción de ucranianos, mordavos, mariis, udmurtos, judíos, y azerbaiyanos, entre otros<sup>31</sup>. Todos ellos amparados bajo la noción cívica de ciudadanos de Tatarstán, *tatarstantsii*, siendo esta última una categoría identitaria política. Proyecto-programa más que «realidad», que rememora en su forma, pero no en su contenido, la noción genérica de ciudadano soviético<sup>32</sup>. Disfrutando en la actualidad de poca repercusión o popularidad en el plano de las prácticas, o a nivel cotidiano<sup>33</sup>, pero amparado por la oficialidad.

Tras los primeros años de la perestroika, el presidente Shaimiev cambió su discurso etnonacionalista, pasando a sustituir la identidad etnonacional “tártaros”, por una noción de identidad cívica, “ciudadanos de Tatarstán”; convirtiéndose esta última en el nuevo epicentro de sus discursos. Estratégicamente diplomático, optó por un claro viraje en su discurso, buscando el apoyo de la población no-tártara

que vivía dentro de la República (Gorenburg, 1999), consciente del elevado número de población rusa residente en Tatarstán y de la pertenencia de la república a la Federación Rusa, en cuyo contexto las demandas nacionalistas tártaras eran poco viables.

Hoy por hoy, el término *tatarstansii* no trasciende más allá de su aparición en documentos y discursos oficiales, categoría comodín de lo formal; mientras que, por el contrario, las nociones etnonacionales se hallan arraigadas, y se manifiestan en algunas de las prácticas diarias y las leyes del gobierno.

Irónicamente, en la actualidad, Tatarstán reproduce, e imita, los modelos-clasificaciones de la tan criticada, por sus líderes, Unión Soviética. Se produce así un notable distanciamiento entre los discursos y las prácticas, hablándose de integración, discurso político, *tatarstansii*, pero promovándose la segregación, práctica política del etnonacionalismo. Los fantasmas nacionales no llegan a desaparecer, por el contrario, adoptan formas fuertes y revanchistas. El pasado no se olvida, más bien se refuerza, disfrazándose el nacionalismo epidérmico de multiculturalidad y pluralidad. Es promovida la identidad cívica a nivel retórico, pero se practica desde los despachos el renacimiento etnocultural bajo concretas medidas de estimulación del resurgimiento de la cultura tártara. Prácticas en su mayoría carentes de oposición, al existir un destacado monopolio etnopolítico con absoluto predominio de tártaros (Sagitoba, 1998:65; Gorenburg, 1999:263)<sup>34</sup>. Se promueve, de este modo, una política de favoritismo etnonacional, donde los tártaros, contrariamente a períodos anteriores, son el grupo privilegiado. Necesario es resaltar que el renacimiento etnocultural trasciende lo meramente folklórico-cultural, y se ve enraizado y asentado en los programas y leyes gubernamentales. Su ejecución está acompañada por una expansión de la cultura burocrática, donde gran parte de los puestos han sido cubiertos por tártaros, y por una más que parcial tatarización de la elite gubernamental (Gorenburg, 1999).

Todo ello se refleja, al menos, en: (I) el fomento del uso de la lengua tártara en las esferas públicas<sup>35</sup>, (II) la expansión de la educación tártara, (III) la directa propaganda de la cultura tártara (Gorenburg, 1999), y (IV) el llamado juego democrático, siendo un sistema casi-feudal el que lo caracteriza.

El fomento de la lengua tártara se inició con la aprobación de la ley sobre el lenguaje en 1992, y, tras no pocas discusiones, se presentaron el tártaro y el ruso como los dos idiomas oficiales<sup>36</sup>. Del mismo modo, la ley establecía un programa de preservación y desarrollo del lenguaje, que incluía la apertura de guarderías tártaras, ampliando la educación en tártaro, y la publicidad y la transmisión televisiva en tártaro<sup>37</sup>. A lo que hace falta añadir el incentivo o aumento del 15% sobre el salario para ciertos trabajos del sector servicios. Lo cual se ha traducido en un aumento del uso del lenguaje tártaro fuera de los círculos domésticos, pasando de ser lengua cuasi clandestina durante la época soviética a ser promovida oficialmente.

Del mismo modo, un importantísimo cambio se ha producido, y se está produciendo, en el panorama educativo, al abrirse colegios especializados *tatarskii gimnasii*, en los cuales se imparte toda la educación en tártaro, y se hace una especial acentuación en la cultura y las tradiciones tártaras; pasando a ser la transmisión y el desarrollo de la cultura tártara el *leitmotiv* de todas las asignaturas. Igualmente, el tártaro es, en la actualidad, asignatura obligatoria en todos los colegios, y se le dedica el mismo número de horas que al ruso<sup>38</sup>.

En lo que al desarrollo de la cultura se refiere, se vive un enérgico bombardeo de la cultura tártara; sumándose, en este caso, el activo papel de los círculos mediáticos en la promoción cultural y colaborando activamente radio, prensa y televisión (Gorenburg, 1999). A lo que finalmente habría que añadir las peculiaridades del sistema político; no sería exagerado decir que los poderes ejecutivo, legislativo y judicial se encuentran en las manos de un pequeño y cerrado grupo, clientelismo político del presidente Shaimiev (Löwenhardt, 1997), propio de un sistema feudal, siendo el clan Shaimiev el clan dominante. El presidente Shaimiev fue elegido presidente en 1992 cuando era candidato único, y reelegido en 1996 sin oposición alguna<sup>39</sup>.

Lejos de ser lo pronosticado, paradójicamente el régimen soviético otorgó los mecanismos suficientes y necesarios para poder poner en práctica las políticas de la actualidad. Es una realidad que sin el régimen soviético no habría ni espacio, ni abono necesario para el renacimiento etnonacionalista que se respalda, y justifica, en la represión y aniquilación cultural

sufrida durante los regímenes anteriores. Irónicamente las políticas nacionales soviéticas son causa y modelo del proceso reaccionario etnonacionalista que caracteriza a algunas repúblicas de la Federación Rusa, incluyéndose no sólo el caso de Tatarstán, sino también de Bashkortostan, Chuvashia y Kakassia<sup>40</sup>. Son causa por producir una reacción, siendo las movilizaciones etnonacionalistas una respuesta al régimen anterior. Son modelo por adoptar la misma forma de aquello contra lo que se reacciona y rechaza, produciendo una compleja dinámica de reacción-rechazo, copia-modelo. Se reproducen y refuerzan las viejas formas de división-clasificación social, formas propias de un régimen del que reniegan ideológicamente, pero legitiman instrumentalmente.

### **La transgresión como práctica de lo cotidiano, «identidades ambiguas», «identidades desequilibradoras»**

« Las culturas no tienen identidad intrínseca o esencial, o unidad fuera de la historia y la política, que puedan ser alcanzadas por medio de una lectura «transparente» (Sayyid, 1994: 26).

Es tarea imposible presentar un cuadro compacto y homogéneo de la llamada población tártara que reside en la República. Existe un sector prosoviético, nostálgico del pasado, frecuentemente compuesto por matrimonios mixtos, «tártaros rusificados» y «contagiados por el internacionalismo» (Sud'in, 1999:233), personas de negocios, trabajadores del comercio, el sector servicios y una parte de la población rural. Encontramos personas próximas a las ideas nacionalistas, empresarios de la pequeña mediana empresa, profesores y alumnos de los colegios nacionales tártaros y la gran parte de la *intelligentsia*. Y una proporción más pequeña de teóricos y seguidores de los movimientos nacionalistas tártaros, defensores de una total separación de la Federación Rusa. Si a esta amalgama de posibilidades le añadimos la población rusa, que tampoco

puede ser considerada como grupo homogéneo<sup>41</sup>, observaremos que, en lo que al nivel simbólico cultural se refiere y a las interacciones cotidianas, Tatarstán esconde un altísimo nivel de complejidad, donde las distintas olas discursivas y los cambios político-sociales son adoptados (re)interpretados de formas muy distintas en los quehaceres diarios. Emergen capacidades quasi-camaleónicas en la tarjeta de presentación, pudiendo ser una república islámica, por una parte y epicentro de la cultura tártara, por otra; espacio multiétnico o provincia de la Federación Rusa. Diversidad de posibilidades donde cada una de las características, de forma aislada, o en su totalidad, sería igualmente pertinente.

Todo parece apuntar que el gobierno de Tatarstán ha sido capaz de imponer su independencia dentro de la Federación Rusa por medio de estrategias político-económicas que han enfatizado cierto grado de autonomía dentro de la estructura federal. Políticas que, a su vez, han logrado el apoyo simbólico necesario por medio de mecanismos que han promovido la identidad tártara (objetivo de las políticas de tatarización, a través del lenguaje, la educación, los medios de comunicación y las artes).

Pero sería necesario preguntarnos, ¿qué ocurre en Tatarstán, fuera del discurso político de la integración, y las prácticas institucionales de segregación y tatarización?

Desde la retórica oficial, se vive la época del «post-comunismo», para la cual la caída del comunismo es una realidad inamovible y casi indiscutible. Oficialmente el comunismo ha muerto y se ha tratado de destruir todo símbolo relacionado con la época pasada. Precipitadamente se ha intentado aniquilar todo aquello que estuviese conectado, relacionado o asociado con la idea del pasado. A pesar de ello, una cosa es borrar la simbología exterior, o llamémosla incluso banal (Billig, 1995)<sup>42</sup> de un régimen, y otra muy distinta rechazar todo aquello que ha sido interiorizado en la vida cotidiana durante 70 años<sup>43</sup>: prácticas rituales que forman parte del día a día y que trascienden las formas políticas o institucionales.

Los mismos que proclaman su tataridad, practicantes musulmanes, continúan celebrando el Año Nuevo<sup>44</sup>, fiesta que poco tiene que ver con el mundo musulmán. Entre las fiestas más importantes, se siguen celebrando el 1 de Mayo, el 9 de Mayo, Día de la victoria contra



los nazis; el 8 de Marzo, Día internacional de la mujer trabajadora; el 23 de Febrero, Día del ejército Soviético, o el 1 de Septiembre, comienzo del curso escolar. Todos ellos días festivos propios de la época soviética. Fechas que se encuentran asentadas y arraigadas en cada individuo, incluso en las generaciones más jóvenes desconocedoras del régimen anterior. Pero curiosamente, al mismo tiempo que se siguen celebrando los rituales y festividades soviéticas, igualmente han sido rápidamente incorporadas las fiestas religiosas, musulmanas y ortodoxas; celebrándose, sin que haya habido conflictos ni rivalidades, las fiestas *Kurban-Bairam*, *Uraza-bairam* o *Sabantui*<sup>45</sup>; la Navidad, *Maslenitza*<sup>46</sup> o la Pascua ortodoxa. La coexistencia de los distintos mundos simbólico culturales es constante y permanente, se transita entre ellos cual *flâneur* de las prácticas diarias, desplazándose con gran flexibilidad entre la rigidez de la fronterización artificial, transmitida por la rusificación, soviétización, e intento por el momento de tatarización. Fronteras impermeables desde lo político y lo institucional, pero permeables y vulnerables a la transgresión en lo cotidiano; transgresión a la ilusión de unidad de las prácticas institucionales.

Transgredir es cruzar a través de, atravesar, traspasar, ir mas allá de los límites prescritos, por consiguiente, rompiendo cierta ley. La transgresión implica mezcla de categorías y el cuestionamiento de las fronteras que separan las categorías. No es subversivo en sí mismo, ni es una forma deliberada de reto al orden establecido (Jervis, 1999: 4). La transgresión depende de las fronteras prohibidas<sup>47</sup>, porque sin ellas no hay nada que transgredir.

En la actualidad, la rusificación y la soviétización forman parte de un intento de olvido, mientras que la tatarización es joven e inmadura y se encuentra en su máximo esplendor. Cada una de ellas, a su forma y manera, es promotora de universos rígidos y cerrados que, sin embargo, se transgreden, casi fusionándose en las prácticas cotidianas, generando de este modo «multiversos» que no «universos». En Tatarstán, también se celebran el Día de la Constitución de la Federación Rusa, y el Día en memoria de los caídos en la ocupación de Kazán por las tropas rusas; siendo fiestas oficiales el día de la Constitución de Tatarstán, y el Día del Ejército soviético. Las fronteras

impermeables, o lo que llama O'Neill (1996) «fronteras normalizadas» de los discursos políticos y las prácticas institucionales, se confunden y mimetizan, produciendo realidades «poco lógicas» para el perseguidor de identidades estáticas y bien definidas. Se deja poca opción a las concepciones rígidas y ortodoxas de las identidades, ofreciendo de este modo la posibilidad de definirse musulmán, celebrar el Año Nuevo, y todo ello disfrutando de un vaso de vodka; ciertamente conflictivo para el mantenimiento del «orden».

«Las identidades múltiples que parecen coherentes y compatibles en un momento concreto pueden caer en tensión, conflicto y contradicción en otro. Érase una vez que era factible ser alemán y judío; érase una vez que se hizo imposible» (O'Neill, 1996:299).

Llegamos así, a uno de los problemas vertebradores de la «identización», donde los distintos intentos de clasificación-categorización e implantación de un orden, bien bajo la forma de Unión Soviética primero, o bajo la noción de *tatarstantsii* después, han producido concretas prácticas de segregación y división; dialéctica integración-segregación que se presenta constitutiva de la construcción identitaria. Independientemente del tipo de identidades en que pretendamos focalizar nuestra atención (ya sea su definición más abstracta y/o concreta, ya sean las identidades individuales y/o sociales<sup>48</sup>, nacionales, políticas, étnicas y/o culturales), la frontera, entendida como límite-división, se presenta como endógena en todas ellas; siempre establecida mediante un mutuo proceso de identificación-diferenciación. Se entiende que la identificación es una construcción, un proceso nunca acabado, condicional y alojado en la contingencia. Proceso que opera en la diferenciación, incorporado en la práctica discursiva, que a su vez vincula y delimita las fronteras simbólicas, produciendo precisamente «efectos de frontera» (Hall y Du Gay, 1996: 3). Requiriendo siempre lo que ha sido dejado fuera de la identificación, su constitutivo fuera para consolidar el proceso. Es por ello que, tan sólo en relación al otro, a lo que no se es, se puede construir el significado positivo de cualquier término y su identidad (Derrida, 1981).

La constitución de una identidad social es un acto de poder, porque siempre se basa en la exclusión de algo, estableciendo una violenta jerarquía entre los dos polos resultantes (Laclau, 1990). Sin embargo, la construcción de fronteras es un proceso ambiguo de por sí, donde las lógicas de inclusión y exclusión no operan en términos de una estricta y absoluta división dentro-fuera. El simple modelo amigo-enemigo, nosotros-ellos por sí solo, es inadecuado para pensar en complejas estrategias implicadas en la creación de la división social (Norval, 1994). El establecimiento y cambio de fronteras políticas<sup>49</sup> es el resultado de complejos procesos de interacción entre discursos distintos y contrarios; en términos de Gramsci (1977), conflictos entre posiciones. Si una identidad está construida en referencia a otra, ésta otra no puede ser considerada como meramente pasiva. El constitutivo, fuera de cualquier orden, tiene la capacidad de poner en cuestión la identidad que es constituida por medio de su externalización (Norval, 1994:122). Pero no es suficiente mandar un mensaje sobre la identidad, ese mensaje tiene que ser aceptado por los receptores antes de decir si la identidad ha sido aceptada (Jenkins, 1996). Las identidades se tienen que encontrar y negociar en sus fronteras, donde se junta lo interno y lo externo. «Las fronteras son permeables, persistiendo a pesar del flujo personal a través de ellas, la “identidad” es construida en transacciones que ocurren en y a través de la frontera. Es en estas transacciones que el equilibrio se encuentra entre la identificación del grupo y la categorización por los otros» (Jenkins, 1996 :24), siendo las identidades una dialéctica interna-externa de identificación y diferenciación.

Las identidades hacen referencia al uso de los recursos de la historia, el lenguaje y la cultura, en un proceso de «hacerse» más que de «ser»<sup>50</sup>, combinándose, como hemos tratado de ilustrar en el caso de Tatarstán, el discurso político de la integración, la práctica institucional de la segregación, «universo» y la cotidiana transgresión, «multiverso». Tres niveles no armónicos, pero paralelos, al ser los tres igualmente importantes y relevantes en el proceso de «identización».

El continuo intento a lo largo de la historia de reforzar el carácter primordial de la identidad, presentando la clasificación étnica o nacional como elemento sustentador del *status*

*quo*, bien bajo la forma de ciudadanos soviéticos primero, o *tatarstansii* después, con sus consecuentes políticas de división segregación, forma parte de la lucha en contra del caos, más que la lucha por el orden. Lucha contra la ambigüedad y la indeterminación, siendo precisamente la ambivalencia, como bien señala Bauman (1991), y los elementos indeterminados, capaces de desestabilizar la lógica del estado. Existe de este modo un continuo y manifiesto interés de presentar las identidades como algo lógico y acabado, más que como algo dinámico e indefinido. La indeterminación dispone de la capacidad de resistir la reducción de las categorías y, por consiguiente, ser subversiva al principio de oposición, en el que el sistema se basa. La hibridación es sinónimo de «poco orden», y la continua transgresión excesivamente peligrosa, al ser, en cierto modo, susceptible de cuestionarse el «necesario orden».

A modo de conclusión sólo podemos decir que lo que hemos tratado de hacer es presentar la espiralidad de nuestros planteamientos. Cada curva ha tratado de originar la siguiente, intentando resaltar las similitudes entre la «identización» y la espiral, algo ilimitado e infinito, imposible de cerrar o acabar, proceso de continua combinación de sucesión de curvas, que no líneas rectas.

No hemos pretendido, ni considerado factible, la búsqueda de respuestas definitivas y cerradas, por no ser brujos ni chamanes de las identidades. Poco ético sería adentrarnos en posibles especulaciones o pronósticos futuros, siendo el caso que nos ocupa, la «identización» en Tatarstán, un claro ejemplo de tensiones y conflictos, estrategias y posiciones inadecuadas para la reducción o explicación unifactorial.

## NOTAS

\* Fotografía cedida por Elchin Mammedov, Azerbaijan, 2000.

<sup>1</sup> Todas las citas que aparecen a lo largo de este artículo son traducciones propias.

<sup>2</sup> Identidad es un concepto, que como bien señalan Hall y Du Gay (1996), se encuentra en el intervalo entre su revocación y su aparición; una idea que no puede ser pensada en las formas antiguas, pero sin la cual ciertas cuestiones centrales no pueden ser simplemente pensadas. Melucci (1996) igualmente considera que se trata de un término conceptualmente insatisfactorio al estar

fuertemente asociado a la idea de permanencia, pero por el momento no existe otro capaz de sustituirlo.

<sup>3</sup> No son pocos los sociólogos, antropólogos e historiadores que siguen cuestionándose si realmente existió una unidad socio-cultural o la llamada identidad soviética, o fue tan sólo un proyecto político-administrativo que realmente no caló a otro nivel que el burocrático. Damir Iskhakov (1998), historiador del Instituto de historia de Kazán, sostiene, en una entrevista, que la identidad soviética tan sólo existió a nivel político. Suny (1991), por ejemplo, hace referencia a la «ficción de la unidad» de los pueblos soviéticos, y Kaiser (1994) considera que no es adecuado hablar de la identidad soviética.

<sup>4</sup> Lo que aquí se presenta es el resultado de una estancia prolongada de nueve meses en la República de Tatarstán; soporte empírico de una futura tesis doctoral en curso.

<sup>5</sup> Es importante resaltar que la disposición geográfica de Tatarstán es un factor determinante en sus procesos identitarios. Tatarstán se encuentra en el centro, en el mismísimo corazón de Rusia, situada en la parte europea de Rusia, a 800 km al este de Moscú.

<sup>6</sup> Subrayo la idea de y/o divide. ¿Será Tatarstán Oriente?, ¿será Occidente?, o ¿será Oriente y Occidente?...

<sup>7</sup> Aprobada el 6 de Noviembre de 1992.

<sup>8</sup> En la República de Tatarstán hay una población de 3.8 millones de habitantes, de los cuales 1 millón reside en la capital, Kazán. Se calcula que hay aproximadamente 7 millones de tártaros, de los que la gran mayoría vive fuera del actual territorio de la República de Tatarstán en la antigua Unión Soviética.

<sup>9</sup> Actualmente en Tatarstán existe un enorme debate entre los historiadores sobre el origen de los tártaros. Una corriente defiende la postura de que los tártaros descienden de los búlgaros, mientras otra corriente considera que su origen está relacionado con los mongoles. Es un debate abierto y altamente complejo. Ver Iskhakov (1998).

<sup>10</sup> La Horda de Oro se desintegró a finales del siglo XIV, dividiéndose y dando lugar a distintos *janés*. El *jan* de Kazán, hoy en día la capital de Tatarstán, se formó en 1437 (Hanauer, 1996).

<sup>11</sup> Conquistas militares fueron seguidas por numerosas políticas de colonización. Las clases dominantes fueron arruinadas, y los musulmanes expulsados de Kazán; las tierras más ricas confiscadas, y distribuidas entre la nobleza rusa, los monasterios ortodoxos, y posteriormente entre el campesinado.

<sup>12</sup> Indicadores de las políticas de gobernar y dividir puestas en práctica por la Unión Soviética.

<sup>13</sup> *Matrioshka* es una muñeca de madera vestida habitualmente de campesina rusa, que se abre y en cuyo interior aparece otra muñeca, y dentro de ésta una más, y así sucesivamente, hasta llegar a una muñeca de tamaño muy pequeño.

<sup>14</sup> Repúblicas, *Krai*, *oblast* y *okrug* son categorías administrativas en las que se subdividía la URSS.

<sup>15</sup> Desde el siglo X hasta 1929 existió el alfabeto árabe y entre 1927 y 1939 se adoptó el alfabeto latino. Finalmente en 1939, como parte de las políticas stalinistas de internacionalización, se cambió de nuevo el alfabeto, pero esta vez al cirílico. En los próximos años se espera reinstaurar el alfabeto latino, en un intento de olvidar la herencia Soviética, y resaltar la cultura e

identidad tártara. El regreso al alfabeto latino está inspirado por similares cambios en Uzbekistán, Azerbaiyán, Turkmenistán, entre otras repúblicas.

<sup>16</sup> «La intensiva industrialización fue una excusa para la manipulación demográfica por medio de una masiva inmigración rusa a los centros urbanos industriales, para poder de este modo reducir la proporción de Tártaros en la república» (Bennigsen, 1990: 285).

<sup>17</sup> Polarización-división de la cual todavía quedan claros indicadores en la actualidad.

<sup>18</sup> Para más información sobre el «modelo de Tatarstán», ver Drobizheva (1997) e Iskhakov (1997, especialmente páginas 123-153).

<sup>19</sup> Especialmente el partido nacionalista «Ittifak» que criticó fuertemente el acuerdo bilateral, separándose definitivamente del discurso y las políticas promovidas por el presidente Shaimiev. El partido «Ittifak» no reconoce la pertenencia a la Federación Rusa y considera a Tatarstán un estado independiente.

<sup>20</sup> La nacionalidad como componente oficial del status personal fue introducida en 1932 (Brubaker, 1996).

<sup>21</sup> En ruso *russkie* hace referencia a la población rusa en términos de nacionalidad etnocultural. *Rossiane* hace referencia al estado Ruso, noción de ciudadanos de Rusia. Existe el término de *ruskoiazychnye* o población que habla en ruso. Existe también el término de *soote-chestvenniki* asociado con la idea de compatriotas. Y finalmente, *grazhdane* que viene a significar ciudadano. Complejidad lingüística que ayuda a visualizar el difícil sistema de categorizaciones y definiciones existentes.

<sup>22</sup> Todos los ciudadanos de la Unión Soviética disponían de un pasaporte de uso interno, y otro externo que sólo se concedía cuando se recibía permiso para viajar al extranjero.

<sup>23</sup> La nacionalidad se transmite de padres a hijos. Sólo en el caso de tener padres de distintas nacionalidades, a los 16 años los hijos pueden elegir una de ellas. Existió un fuerte rechazo hacia ciertas nacionalidades; por ejemplo, entre elegir la nacionalidad rusa o judía, muchos hijos de matrimonios mixtos optaron por la opción rusa.

<sup>24</sup> Asumiendo por sinónimos la Unión Soviética y la República de Rusia. Error que se popularizó fuera de la Unión Soviética, y traspasó lo que se denominaba «telón de acero».

<sup>25</sup> Muchas de las personas entrevistadas, especialmente las mayores de 50 años, señalan que sentían vergüenza de ser tártaros, porque se asociaba con 'el ser de pueblo'. No estaba prohibido hablar tártaro, pero estaba mal visto, y se prefería ocultar el origen tártaro, incluso a veces cambiándose de nombre.

<sup>26</sup> Sobre la noción de integración ver Lockwood (1992) y Archer (1996). Bauböck (1996: 113) propone que el concepto de integración posee las connotaciones de inserción y cohesión respectivamente; siendo la segregación, la asimilación o la adaptación, reacciones a la inserción.

<sup>27</sup> «La segregación proporciona una externalización de la diferencia» (Bauböck, 1996: 114).

<sup>28</sup> Con cohesión cultural no pretendemos revivir los viejos fantasmas de la antropología que hacen referencia a la unidad cultural, o al mito de la integración cultural (Archer, 1996:xvii) que perpetúa una imagen de la cultura como modelo coherente y uniforme, universo

simbólicamente consistente; sino hacer referencia a una posible armónica convivencia dentro del marco de la pluralidad y la diversidad cultural.

<sup>29</sup> Este artículo delimita enormemente las posibilidades de acceso al poder, siendo prácticamente inexistente la población no-tártara que hable tártaro, y no muy extensa la población tártara que disponga de un absoluto dominio del tártaro.

<sup>30</sup> En el texto original la autora utiliza el concepto de frontera «supernormal» que a lo largo de este artículo será traducido como frontera «normalizada».

<sup>31</sup> En total representando el 3.7% de toda la población (Moustafin y Khuzeev, 1994).

<sup>32</sup> Especialmente los primeros años del intento de consolidar el llamado *Homo Sovieticus* (Gutiérrez y Orue, 1997).

<sup>33</sup> En mi experiencia personal, en los nueve meses que viví en Tatarstán, nunca me encontré con una sola persona que se presentase o definiese como *tatarstanstii*.

<sup>34</sup> Entre 1990 y 1995 la estructura de la elite política ha cambiado aproximadamente de una paridad entre tártaros y rusos a una relación de dominación 80:20 en favor de los tártaros (Gorenburg, 1999). Sagitoba sostiene que el 70% de la elite política es tártara.

<sup>35</sup> En verano de 1994 se aprobó el programa gubernamental de la conservación, estudio y desarrollo de las lenguas de la población de la república de Tatarstán. Pero, a pesar de su nombre, en términos reales casi todo el programa hace referencia a la conservación, al estudio y desarrollo de la lengua tártara.

<sup>36</sup> Artículo 3 de la Ley sobre «las lenguas de los pueblos de la República de Tatarstán» (1998). Es cierto que, a pesar de ello, existe una clara relación de desequilibrio, siendo predominante y mayoritario el uso de ruso en muchos aspectos públicos y de la vida cultural.

<sup>37</sup> Artículos 7,10,19,23. (Ibid).

<sup>38</sup> Lo cual ha creado una fuerte polémica y reacción entre la población rusa, siendo no pocos los que consideran el número de horas excesivo y, en general, el estudio del tártaro poco productivo e innecesario. (Material de entrevistas realizadas en Octubre de 1999). Según las estadísticas ofrecidas por el Ministerio de Educación de Kazán, en 1998 el 97% de los alumnos estudiaban tártaro.

<sup>39</sup> Tema que plantea cuestiones paralelas sobre la legitimidad de la democracia en Tatarstán, comprendiendo que uno de los elementos definitorios de una democracia es la elección de un candidato entre diversas opciones. Existe una amplia literatura que analiza el sistema democrático ruso, véase, por ejemplo, Sakwa (1996a) y Sakwa (1996b). Pero poca atención se viene prestando, por el momento, a lo que ocurre dentro de las repúblicas de la Federación Rusa (por ejemplo, Tatarstán, Baskiria o Chevasia), donde la literatura es prácticamente inexistente.

<sup>40</sup> Gorenburg (1999) ofrece un análisis comparativo del proceso de reactivación étnica en Tatarstán, Chevasia, Bashkortostan y Kakassia.

<sup>41</sup> Rusos que han nacido y han vivido toda la vida en la república, personas que han inmigrado durante el régimen soviético por razones de trabajo, unos más próximos a la causa nacionalista tártara, otros más ajenos y algunos incluso hostiles. A todo ello además hay que añadir la diversidad del resto de los grupos que

residen en la república, cuya composición dista de la unidad.

<sup>42</sup> M. Billig hace una presentación bastante interesante del carácter banal del nacionalismo que se encuentra arraigado en la sociedad, al que prestamos poca atención, por considerarlo precisamente dentro de la «normalidad».

<sup>43</sup> Para un análisis del sistema de ceremonias y rituales de la época soviética ver Binns (1979) y Binns (1980).

<sup>44</sup> Lo que llaman el Nuevo Año Nuevo, el 31 de diciembre, y el Antiguo Año Nuevo, el 13 de enero, antiguo 31 de diciembre en el calendario prerevolucionario.

<sup>45</sup> *Kurban-bairam*, fiesta musulmana que se celebra 70 días después de la finalización del *Ramazan* (Ramadán), y dura entre tres y cuatro días, coincidiendo con la finalización del peregrinaje a la Meca.

*Uraza-bairam* es el día que se finaliza el *Ramazan*. *Sabantui* es una fiesta tártara popular (Aminov, 1998:16-19).

<sup>46</sup> *Maslenitza* es una fiesta tradicional rusa, que se celebra a finales de febrero o principio de marzo donde se da la bienvenida a la llegada de la primavera, y se expulsa a la muerte simbolizada por el invierno (Aminov, 1998: 39).

<sup>47</sup> Tabú en términos de Jervis (1999: 221).

<sup>48</sup> Según Jenkins (1996), gran parte de los debates sociológicos y los discursos dominantes hacen una constante división entre identidad(es) social(es) e identidad individual, asumiendo que una de ellas es más real, o menos problemática que la otra. Este autor considera la «única individualidad» y lo «colectivamente compartido» como necesario y contingente.

<sup>49</sup> Una imagen del cambio de fronteras es la caída del muro de Berlín, donde una evidente frontera «normalizada», que fue designada para ser impermeable para la mayoría de las actividades y para la mayoría de las personas que separaba, fue abolida (O'Neill, 1996:294).

<sup>50</sup> Hall habla del proceso de «*becoming*» *rahter than* «*being*» (Hall y Du Gay, 1996).

## BIBLIOGRAFÍA

- [Sin autor] (1998): «Zakon Respubliki Tatarstan 'O Iazykakh Narodov Respubliki Tatarstan». Kazan', Shkola.
- AMINOV, A. (1998): *Tatarskaia i Russkaia Narodnaia kul'tura. Traditsii, obychai, obriad', prazdniki, fol'klor, narodn'i kalendar' i drugoe*, Kazan', Ministerstva obrazovaniia.
- ARCHER, M. (1996): *Culture and agency. The place of culture in social theory*, Cambridge, Cambridge Press.
- BAUBÖCK, R., HELLER, A. y ZOLBERG, A. (eds) (1996): *The Challenge of Division. Integration and Pluralism in Societies of Immigration*, Aldershot, Avebury.
- BAUBÖCK, R. (1996): «Social and Cultural Integration in a Civil Society» en R. BAUBÖCK, A. HELLER y A. ZOLBERG (eds), *op.cit.*, pp. 67-133.
- BAUMAN, Z. (1991): *Modernity and Ambivalence*, Oxford, Polity Press.
- (1996): *Modernity and the Holocaust*, Cambridge, Polity Press.
- BENNINGSEN, M. (1990): «Volga Tatars» en G. Smith, *The Nationalities Question in the Soviet Union*, Londres-Nueva York, Longman.

- BILLIG, M. (1995): *Banal Nationalism*, Londres, SAGE Publications.
- BINNS, C. (1979): «The changing face of power: revolution and accommodation in the development of the Soviet ceremonial system I» *Man* 14, pp. 585-607.
- (1980): «The changing face of power: revolution and accommodation in the development of the Soviet ceremonial system II». *Man* 15, pp. 170-188.
- BRAIDOTTI, R. (1994): *Nomadic Subjects*, Nueva York, Columbia University Press.
- BRUBAKER, R. (1996): *Nationalism Reframed. Nationhood and the national question in the New Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DERRIDA, J. (1981): *Positions*. Chicago, University of Chicago Press.
- DROBIZHEVA, L. (1997): «Natsionalizm v respublikakh Rossiiskoi Federatsii: ideologiya elity I massovoe soznanie» *Panorama-Forum* 1, pp. 64-78.
- FENTON, S. (1999): *Ethnicity, Racism, Class and Culture*, Londres, MacMillan Press.
- FINE, G. (1995): «Public Narration and Group Culture: Discerning Discourse in Social Movements», en H. Johnston and B. Klandermans (eds), *Social Movements and Culture*, Mineapolis, University of Minnesota Press. pp. 127-143.
- GIORDANO, C. (1997): «Affiliation, Exclusion and the National State: Ethnic Discourse and Minorities in East Central Europe», en H. WICKER (ed), *Rethinking nationalism and ethnicity. The struggle for meaning and order in Europe*, Oxford, Berg, pp. 175- 192.
- GORENBURG, D. (1999): «Regional Separatism in Russia: Ethnic Mobilisation or Power Grap?» *Europe-Asia Studies* 51 (2), pp. 245-274.
- GRAMSCI, A. (1977): *Selections from Political Writings (1910-1920)*, Londres, Lawrence and Wishart.
- GUTIÉRREZ, S. y ORUE, E. (1997): *Rusia en la Encrucijada*, Madrid, Espasa Calpe.
- HALL, S. y DU GAY, P. (eds), (1996): *Questions of Cultural Identity*, Londres, SAGE Publications.
- HANAUER, L. (1996): «Tatarstan's Bids for Autonomy: Tatarstan as a Model for the Devolution of Power in the Russian Federation» *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 12 (1), pp. 63-82.
- HIRSCH, F. (1997): «The Soviet Union as a Work-in-Progress: Ethnographers and the category Nationality in the 1926, 1937 and 1939 Census», *Slavic Review* 56 (2), pp. 251-279.
- HIRSCHMAN, A. (1970): *Exit, Voice and Loyalty. Responses to decline in firms, organizations and states*, Londres, Harvard University Press.
- ISKHAKOV, D. (1997): *Problemy stanovleniia i transformatsii tatarskoi natsii*, Kazan', Institut istorii AN Tatarstana.
- (1998): *Ot sprednebekob'kh tatar k tatarom nobogo bremeni*, Kazan', Institut istorii AN Tatarstana.
- JENKINS, R. (1996): *Social Identity*. Londres-Nueva York, Routledge.
- JERVIS, J. (1999): *Transgressing the Modern*. Oxford, Blackwell Publishers.
- JOHNSTON, H. y KLANDERMANS, B. (eds) (1995): *Social Movements and Culture*. Mineapolis, University of Minnesota Press.
- KAISER, R. (1994): *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*. Princeton-New Jersey, Princeton University Press.
- KHABUTDINOBIU, A. (1999): «Nachal'nye etapy formirovaniia tatarskogo upravluncheskogo apparataiu» *Vestnik Evrasii (ACTA EURASICA)* 1-2 (6-7), pp. 61-77.
- KING, P. (ed) (1996): *Socialism and the common Good. New Fabian Essays*, Londres, Frank Cass.
- LACLAU, E. (1990): *New Reflections on the Revolution of Our Time*. Londres, VERSO.
- (ed), (1994): *The Making of Political Identities*, Londres-Nueva York, VERSO.
- LOCKWOOD, D. (1992): *Solidarity and Schism. «The problem of Disorder» in Durkheimian and Marxist Sociology*, Oxford, Clarendon Press.
- LÖWENHARDT, J. (1997): «The 1996 Presidential Elections in Tatarstan» *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 13 (1), pp. 132-144.
- MELUCCI, A. (1996): *Challenging codes. Collective action in the information age*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MORLEY, D. y KUAN-HSING CHEN (1996): *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, Routledge.
- MOUSTAFIN, M. y KHUZEEV, R. (1994): *Vso o tatarstane*, Kazan', Tatarskoe knizhnoe izdatel'stvo.
- NABOKOV, V. (1986): *Habla memoria. Una autobiografía revisada*, Barcelona, Anagrama.
- NORVAL, A. (1994): «Social Ambiguity and the Crisis of Apartheid» en Laclau, E. (ed), *op.cit.*, pp. 115-138.
- O'NEILL, O. (1996): «Transnational justice: permeable boundaries and multiple identities» en King, P. (ed.), *op.cit.*, pp. 291-303.
- RORLICH, A. (1986): *The Volga Tatars. A Profile in National Resilience*, Stanford University, Hoover Institution Press.
- SAGITOBA, L. (1998): *Etnichnost v Sovremennom Tatarstane*, Kazan', Institut Istorii AN Tatarstana.
- SAKWA, R. (1996a): *Russian Politics and Society*, Londres, Routledge.
- (1996b): *Soviet Politics in Perspective*, Londres, Routledge.
- (1997): «The regime system in Russia». *Contemporary Politics* 3 (1), pp. 7-25.
- SAYYID, B. (1994): «Sign O'Times: Kaffirs and Infidels Fighting the Nith Crusade» en E. Laclau (ed), *op. cit.*, pp. 264-287.
- SCHAMILOGLU, U. (1990): «The formation of a Tatar historical consciousness: Shibadaddib Marcani and the image of the Golden Horde», *Central Asian Survey*, (Special issue. «Ideal-Ural») 9 (2), pp. 37-52.
- SCHLESINGER, P. (1991): *Media, State and Nation. Political Violence and Collective Identities*, Londres-Newbury Park-Nueva Delhi, SAGE Publications.
- SMITH, G. (1990): *The Nationalities Question in the Soviet Union*, Londres-Nueva York, Longman.
- SUD'IN, A. (1999): «Zhurnal "Idel'" kak tribuna tatarskogo natsional'nogo dbizheniia (obzor za 1993-1997 gody» *Vestnik Evrasii (ACTA EURASICA)* 1-2 (6-7), pp. 228-243.
- SUNY, R. (1991): «Incomplete Revolution: National Movements and the collapse of the Soviet Empire», *New Left Review* 189, pp. 111-127.
- WICKER, H. (ed) (1997): *Rethinking nationalism and ethnicity. The struggle for meaning and order in Europe*, Oxford, Berg.